

de dificultades, cundió la noticia de que estaba para llegar á Pondicherry una escuadra francesa, mandada por el bailio de Suffren.

»Hastings, que sentía crecer su denuedo en medio de aquellas dificultades, se apresuró á ajustar la paz con los maratas, y envió tropas á Madrás, al

mando de Coote, general valeroso á la par que inteligente. Coote llevó consigo 500 hombres, escogidos entre los regimientos ingleses, y unos 600 cháscares; y, con aquel pequeño ejército, se embarcó en Calcuta para Madrás (27 de Octubre). Sobrevino en la travesía una tempestad horrorosa; pero, con todo



CONDE DE ESTAING

esto, llegó la escuadra á salvamento. Al mismo tiempo, el infatigable Hastings enviaba refuerzos á Calcuta. La llegada de aquellos socorros sorprendió á Haïdi-Alí, y quizás hubiera titubeado en llegar á las manos con los ingleses, cuando pareció la escuadra francesa tan esperada, y ancló en la Rada de Pondicherry. A la vista de la bandera francesa, Haïdi-Alí bajó á la costa y se presentó delante del ejército de Coote en Porto-Novó. Pero el valor del sultán de Misore no pudo resistir á la táctica y disciplina del ejército inglés, pues quedó derrotado, y,

postrado después por otras derrotas, murió de pesadumbre. Haïdi-Alí dejaba á su hijo Tipo-Saib su trono y su odio contra los ingleses, y el Carnati fué evacuado por las armas del naba (1780).

»Hastings acababa de salvar la India: con su actividad y sus esfuerzos, había conservado vastas posesiones á la Compañía, de quien era agente; había salido triunfante de una lucha en la que todas las probabilidades estaban contra él. Y Hastings había tenido el talento, no solamente de cubrir los gastos de una guerra onerosa, sino de enviar, además, su-

mas considerables á la Compañía de Londres. ¿De qué abundante fuente, de qué mina profunda sacó los tesoros que necesitó para llenar los cofres de la Compañía, y mantener una armada y un ejército considerables? ¿Cuáles habían sido sus recursos?

»Fácilmente lo adivinará el lector, por lo que ya sabe del carácter de Warren Hastings y de los recursos inagotables de su ingenio. El primer prínci-

pe á quien se dirigió Hastings fué Cheyte-Sung, rajá de Benarés. Dos causas, pero dos causas poco honrosas, determinaron aquella elección. Cheyte-Sung había vivido en términos de amistad con Francis Philipp, crimen imperdonable á los ojos de un hombre del temple de Hastings. En segundo lugar, Benarés era nombrada, más aún entonces que ahora, por sus riquezas; sus bazares ostentaban una



Heróico combate de Suffren á bordo del *Heroe*

profusión de magníficos alfanges de Oude, de joyas de Golconda y de chales de Cachemira. Hastings empezó por exigir una contribución extraordinaria de 50.000 libras esterlinas, y como el rajá no se diese prisa en cumplir el mandato, Hastings aumentó la suma en 2.000 libras, en clase de multa. Cheste-Sung pagó. Esto sucedía en 1778. Al año siguiente Hastings hizo una nueva demanda, que fué pagada del mismo modo. En 1780 otra demanda igual. El rajá, desesperado, hizo ofrecer, reservadamente, al gobernador dos laques de rupias, los cuales fueron aceptados; Hastings se los apoderó durante algún tiempo; pero, ya fuese por temor, ya

por impulso de arrepentimiento, entregó la suma á las cajas de la Compañía. Dirigiéndose entonces al rajá de Benarés, Hastings mantuvo la suma de su primera petición, después de haberlo aumentado de 10.000 libras esterlinas en clase de multa, por cohecho. Cheyte-Sung tuvo que pagar otra vez. Pero como Hastings había resuelto rematar la ruina del rajá, le pidió mil ginetes equipados y montados para el servicio de la Compañía. No habiendo podido Cheyte-Sung reunir la suma necesaria al efecto, ofreció quinientos, mas Hastings no contestó. «Quiero,—decía á sus confidentes,—desollarle de firme, para castigar su delito.» El delito de Cheyte-



Sung, según ya llevamos dicho, consistía en sus riquezas y en la culpa que había tenido manteniendo con Philipp relaciones amistosas. Alarmado con el silencio del gobernador, el desdichado Cheyte-Sung le hizo ofrecer veinte laques de rupias (un millón de duros), y Hastings le contestó que no se daría por satisfecho con menos de cincuenta laques, y anunció al mismo tiempo al rajá su próxima llegada á Benarés.

»Hastings partió, con efecto, no llevando consigo mas que una escasa escolta, por cuanto no se imaginaba que le pasase al rajá por la cabeza el resistirse. Con efecto, el rajá, con la esperanza de amansar á su despiadado verdugo con un acto de sumisión, había salido de su capital para recibirle. Hastings recibió á Cheyte-Sung con suma altivez, continuó su viaje, y entró en Benarés con el rajá (14 de Agosto de 1781). Al día después de su llegada, Hastings envió al rajá un largo manifiesto, en el cual, al lado de amargas quejas sobre supuestos agravios, hacía una petición de fondos y exigía una contestación inmediata. Enviósele la respuesta, pero fué considerada como injuriosa é impertinente. Hastings mandó enseguida prender al rajá, y así se ejecutó.

»Benarés es la Ciudad Santa de la India, y su vecindario es crecidísimo; hallábanse, además, entonces en su recinto un gentío de peregrinos llegados de todas partes de la India. Los indignos tratamientos que se estaban ejerciendo sobre la persona del rajá, bien quiso con sus súbditos, y que, en su calidad de braman, gozaba de suma consideración entre los indios, causaron una indignación profunda; y de aquí fué que, apenas hubo cundido la noticia de la prisión de Cheyte-Sung, cuando por todas las estrechas calles del pueblo retumbaron clamores y alaridos. Los peregrinos se reunían con los habitantes, y todos corrían á las armas; y el pueblo, enfurecido, se encaminaba á palacio. Dos compañías de soldados ingleses, que trataron de resistirse, fueron destrozadas; en medio de la confusión general, el rajá se había escapado del palacio donde estaba arrestado, y Hastings se vió luego estrechamente bloqueado en su morada. Ni en aquella ardua coyuntura Hastings se dignó contestar á sus proposiciones de arreglo. Estaba buscando entonces un arbitrio para engañar al enemigo y enterar á los comandantes de las guarniciones vecinas de la crítica situación en que se hallaba. Los indios llevan, por lo general, anillos en las orejas, y cuando se los quitan, tienen la costumbre de colocar unos rollitos de papel en los agujeros para que no se cie-

ren. Hastings dió á sus oficios la forma de aquellos papeles rollados, y los confió á sus emisarios, quienes, habiéndoselos puesto en las orejas como papeles ordinarios, lograron trasponer las líneas enemigas sin ser reconocidos. De este modo escribió Hastings á diversos oficiales que mandaban las guarniciones más cercanas, y hasta envió instrucciones á un agente que estaba negociando á la sazón con los maratás. Poco después pudo escapar de Benarés y llegar á la fortaleza de Chumar, situada sobre un peñón, á orillas del Ganges, á unas seis leguas más abajo de Benarés.

»Sin embargo, la noticia de la fuga del gobernador general había dado nuevo impulso á los insurgentes; la provincia entera y algunos distritos vecinos corrían á las armas, jurando que defenderían al rajá contra las violencias de los ingleses; y el rajá, por su parte, desprendiéndose de su natural timidez, se había puesto á la cabeza de los sublevados. El ejército de éstos subía á 30.000 hombres, pero carecían de disciplina y de talento sus jefes. Cuando se presentaron las tropas regulares que acudían al socorro del gobernador general, el ejército del rajá no osó llegar con ellas á las manos, así que la derrota fué rematada, y el pobre rajá fué á refugiarse en Bedjeeghar, fortaleza importante á diez y siete leguas de Benarés. El ejército victorioso le estaba acosando y el rajá asustado abandonó sus Estados para no volver ya más á ellos. Su fuga fué tan arrebataada, que dejó á sus espaldas á su mujer, su sobrina y todas las mujeres de la familia. La fortaleza se entregó por capitulación y fué dada al saqueo. Hastings, contaba hallar en ella sumas inmensas. «Os haréis cargo de mi extrañeza, escribió él mismo á la Compañía, cuando os diga que ya había principiado el reparto del saqueo, cuando todavía ignoraba yo que el fuerte estaba en nuestro poder y que el reparto estaba concluido antes de saber yo que hubiese principiado.» Las mujeres del rajá, que eran hasta trescientas, fueron sometidas á un registro minucioso, á tenor de la orden de Hastings; todas ellas fueron despojadas de lo más preciso que tenían; ni sus amargas quejas de la indignidad de aquel tratamiento, ni sus lágrimas, ni sus ruegos, ni la flaqueza de su sexo pudieron enternecer la inexorable codicia de sus vencedores.

»Después de haber despojado de este modo al rajá de Benarés, Hastings, trató de desollar por el mismo estilo al nabad de Oude. Ya hemos visto que el gobernador había prestado tropas á Sujá Daulá para someter á los rohillas; Sujá-Daulá había muerto dejando el trono de Oude á Asaf-ul-Daulá,

hecho cargo del peligro de tener en su reino tropas inglesas, hubiera querido librarse de ellas, so color de que no podía pagarlas, y ya hacía tiempo que instaba al gobernador para que las retirase, pero Hastings se negaba á complacerle y reclamaba nuevos tributos. El naba, deseoso de sustraerse á las requisiciones que se le hacían, ajustó entonces con Hastings el trato más vergonzoso que quepa imaginar, pues se trataba nada menos que de despojar el naba á su propia madre, á la madre de Sujá-Daulá, á la madre de su padre, por no ser él mismo despojado. Aquellas dos princesas llevaban el trato de Begum ó princesas de Oude, y ya repetidas veces les había sonsacado Asaf-ul-Daulá sumas de consideración. Asustadas con sus amenazas y exacciones, habían reclamado la asistencia del gobierno de la Compañía, y Hastings se la había concedido.

»Pero habiendo sabido por Asaf-ul-Daulá que aquellas princesas eran riquísimas, Hastings retiró la palabra que les había dado, y su imaginación halló fácilmente un proyecto plausible para los nuevos robos que meditaba. La insurrección de Benarés había ocasionado algunas revueltas en el reino de Oude; las que se achacaron á las princesas y se las condenó sin juicio á la confiscación de sus propiedades. Un destacamento de tropas de la Compañía allanó al punto los palacios habitados por las princesas; visitáronse sus aposentos, y como el dinero que se halló no correspondió á las esperanzas de los encargados del registro, prendieron á dos eunucos que tenían la confianza de las princesas, para alcanzar de aquellos desdichados con el tormento el secreto del paraje donde estaban ocultos los tesoros. Los eunucos fueron entregados á los verdugos, y las mismas princesas se vieron privadas de alimento, prolongándose aquel trato por meses enteros. De este modo logró Hastings realizar una suma de 1.200.000 libras esterlinas.»

Hastings fué depuesto al fin en 1785, cuando no tenía ya más servicios que prestar á Inglaterra, cuando la guerra de América había terminado, esta guerra que Hastings ni un solo momento descuidó en medio de sus grandes preocupaciones para hacer dinero y extender el dominio de la Compañía.

Cierto que tuvo ancho campo para moverse, pues, los ministros franceses no enviaron á la India un solo soldado, cuando por lo dicho, hubiera bastado un pequeño cuerpo de ejército para lanzar á los ingleses de la India, dado que los naturales cansados y aburridos del despótico y brutal gobierno de Hastings, habían de auxiliarle y considerarle como

un cuerpo de libertadores, pero si no se mandaron ejércitos terrestres tampoco se mandaron escuadras, pero como al cabo también los ingleses en un principio tenían aquellas aguas abandonadas, en esto no había desproporción; lo único que resultaba desventajoso era la jefatura, pues el gobernador de Isla de Francia que era el que podía disponer de los cuatro navíos que allí había contra los seis ingleses, —1779-80,—era el mismo, que, con su cobardía, hizo inútil la gloriosa defensa de Bellacombe en Pondichéri. Pero en 1780 fué relevado y el mando pasó á un valiente que tenía que luchar tanto contra los ingleses como contra sus enfermedades, de aquí su inacción y su impotencia, que hizo mayor el montar buques que apenas podían sostener la mar. Así en 1781 sólo se limitó á presentarse delante de Pondichéri que evacuaron los ingleses, pues Haïdi, el valeroso jefe indio que creaba un nuevo ejército á cada derrota que le causaban los ingleses, rodeaba la ciudad por tierra. D' Orves, que así se llamaba el jefe francés, parecía que no tenía más órdenes que las de conservar sus buques y sus dotaciones.

Los ingleses creyeron, con razón, que era inútil ocuparse de aquella escuadra fantástica que aparecía y desaparecía de pronto sin causar más que alarmas momentáneas, y dirigieron toda su atención á limpiar la India de holandeses, que tal fué el objetivo de la campaña de 1781 á 1782. Entonces fué cuando se apoderaron de Negapatnam y otros establecimientos de la costa de Coromandel, y después de Trinquemale, el mejor puerto holandés de la isla de Ceylan. En vista, pues, de que nada ni nadie resistía á los ingleses, el pueblo indostánico, lo mismo que Haïdi acabaron por buscar un terreno favorable para un acomodamiento, y ya estaban las negociaciones muy adelantadas, cuando aparece en la India el bailio Suffren.

Castries enviaba al fin á los mares orientales á un hombre de genio y de corazón, pero en las luchas militares, amén de todo esto, se necesita para triunfar la fuerza bruta, y Suffren sólo llevaba de refuerzo cinco navíos, sin una sola fragata, y esto cuando se le daba por misión, defender y conservar la colonia holandesa del Cabo de Buena Esperanza y maniobrar en los mares de la India, y cuando tras de él, aún cuando se le adelantaron por ser los buques más veleros, mandaban los ingleses otros cinco navíos, con más tres fragatas y diez buques armados de la Compañía de las Indias.

Habiéndole cortado el mar no creen los ingleses que Suffren continúa avanzando, pero Suffren que